

## MOVILIDAD Y MIGRACIONES INTERNAS EN LA EUROPA LATINA

Camilo Fernández Cortizo y Antonio Eiras Roel  
Universidad de Santiago de Compostela

El volumen nº 133 de la serie *Cursos y Congresos* de la Universidad de Santiago contiene las ponencias del coloquio europeo sobre movilidad y migraciones internas en la Europa Latina organizado por la Cátedra Unesco de Migraciones de esta misma Universidad en noviembre del año 2000, dedicado a analizar tanto las migraciones históricas como los nuevos retos de la hora actual, y en el que participaron una docena de relevantes expertos de los seis países de este espacio geográfico (Francia, Bélgica, Suiza, Italia, Portugal y España)\*. Va dedicado *in memoriam* al gran especialista en economía de las migraciones Georges Fotios Tapinos, tristemente fallecido pocos días después de su brillante y profunda participación en este coloquio.

Los doce trabajos y las 300 páginas de este volumen se subdividen por mitad en las dos secciones de migraciones históricas y migraciones contemporáneas o actuales, entendiendo por *migraciones históricas* según la divisoría aceptada en los últimos congresos de la C.I.D.H. las que se inscriben en la cronología 1500-1900 y entendiendo por *migraciones contemporáneas* las que tienen lugar en tiempo presente, arrancando ya de las décadas finales del siglo XX, y a raíz sobre todo del “*cierre*” de la inmigración en la Europa desarrollada a partir de las leyes de 1974 y siguientes.

### 1. Las migraciones históricas en la Europa Latina, 1500-1900<sup>1</sup>

En la I Conferencia Europea de la Comisión Internacional de Demografía Histórica, celebrada en Santiago en 1993, varios de los ponentes, entre otros A. Eiras

\* ANTONIO EIRAS ROEL Y DOMINGO GONZÁLEZ LOPO (COORD.). *Movilidad y migraciones internas en la Europa Latina* Cursos y congresos Nº 133. Universidade de Santiago, 2002. 297 págs.

<sup>1</sup> Texto leído en el acto de presentación de la monografía, EIRAS ROEL, A.-GONZALEZ LOPO, D. (coords.), *Movilidad y migraciones internas en la Europa latina*. Santiago de Compostela, 2002. pp.

Roel, J.-P. Poussou, S. Pasleau y Marzio Romani, coincidieron en señalar el escaso interés prestado hasta este momento por la historiografía europea a las migraciones internas de corta y media distancia hasta el punto de ser uno de los parientes pobres o, si se prefiere, la cenicienta de la demografía histórica<sup>2</sup>. La explicación de esta desatención remite a causas varias; entre otras, la falta de fuentes específicas, las dificultades de cuantificación de la movilidad interna, la primacía otorgada a las corrientes internacionales en detrimento de las migraciones internas, pero asimismo el predominio del modelo sedentario, respaldado por los métodos de la demografía histórica, en particular por el de reconstrucción de familias, y por la teoría de la transición demográfica, y finalmente la desconfianza del modelo homeostático sobre el papel de las migraciones en el proceso de autorregulación de las poblaciones. Ante esta situación de penuria de estudios sobre las migraciones internas por causas tan variadas, la I Conferencia Europea de 1993, al elegirlas precisamente como tema monográfico, constituyó un inicial revulsivo que fructificó en los años posteriores en un interés creciente, al que se sumaron asimismo los *Coloquios en Compostela* del año 2000 que, bajo el patrocinio de la Cátedra Unesco 226 sobre Migraciones, volvieron a reunir en Santiago a doce especialistas para profundizar en el análisis de la movilidad y las migraciones internas en la Europa latina de la época moderna y contemporánea. Sus ponencias se contienen en un volumen de reciente publicación (2002) que, bajo el título *Movilidad y migraciones internas en la Europa latina*, reúne en su primera parte los trabajos referidos a las migraciones históricas<sup>3</sup>. De la autoría de J.P. Poussou y de J. Dupâquier son las respectivas ponencias centradas en la Francia de los siglos XVI-XIX en el primer caso, y ya en el segundo en la micromovilidad, las migraciones temporales e interiores y el éxodo rural en el siglo XIX; entre ambas se intercalan los trabajos de Anne-Lise Head-König sobre las emigraciones en Suiza en los

15-142. La primera parte, dedicada precisamente a las *Migraciones históricas, 1500-1900*, reúne seis ponencias presentadas a los *Coloquios en Compostela* (2000): POUSSOU, J.P., "Les migrations internes dans la France d'autrefois (XVI<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles)", pp. 15-38; HEAD-KÖNIG, A.L., "Les migrations traditionnelles des suisses. Migrations de masse et migrations des élites, XVII<sup>e</sup>-milieu du XIX<sup>e</sup> siècle)", pp. 39-53; PIZZORUSSO, G., "Le migrazioni degli italiani all'interno della Penisola e in Europa in età moderna", pp. 55-85; FAUVE-CHAMOUX, A., "Femme et mobilité de la population: un exemple français", pp. 87-100; DUPÂQUIER, J., "Mobilité et migrations en France au XIX<sup>e</sup> siècle", pp. 101-119; ORIS, M., "Entre industrialisation et désindustrialisation. Les migrations dans la Wallonie contemporaine", pp. 121-142.

<sup>2</sup> EIRAS ROEL, A., "Les migrations internes dans l'Espagne Moderne: une vision d'ensemble et quelques problèmes", en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), *Les migrations internes et à moyenne distance en Europe, 1500-1900*. Santiago de Compostela, vol. I, p. 357; POUSSOU, J.-P., "Les migrations internes en France et les échanges migratoires avec les pays voisins du XVI<sup>e</sup> au début du XIX<sup>e</sup> siècle", en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), op. cit., p. 205; PASLEAU, S., "Les migrations internes en Belgique. Ruptures et continuités du XVII<sup>e</sup> a XX<sup>e</sup> siècle", en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), op. cit., p. 179; ROMANI, M.A., "Mobilité, migrations à courte et à moyenne distance en Europe: un premier bilan", en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), op. cit., p. 507.

<sup>3</sup> EIRAS ROEL, A.-GONZALEZ LOPO, D. (coords.), *Movilidad y migraciones internas en la Europa latina*. Santiago de Compostela, 2002. pp. 15-142.

siglos XVII-XIX, de Giovanni Pizzorusso sobre las migraciones italianas de la época moderna y finalmente de A. Fauve-Chamoux sobre la inmigración femenina en la ciudad francesa de Reims. Cierra la serie la aportación de M. Oris sobre el papel de la migración en la formación y consolidación de las cuencas industriales de la Walonia belga<sup>4</sup>.

Entre una y otra reunión científica, celebradas en Santiago en los años 1993 y 2000, el camino recorrido ha sido ciertamente importante con la consiguiente ampliación de horizontes y el ensanchamiento de perspectivas y temáticas. Así, el empleo de nuevas fuentes y la reinterpretación de otras tradicionales como los archivos parroquiales han fructificado en visiones macroscópicas de las migraciones, pero también microscópicas, obtenidas en este caso a partir de historias de vida, de genealogías familiares o del análisis evolutivo de los patronímicos. A su vez, esta ampliación de horizontes a la que estamos asistiendo en el presente viene a coincidir con una profusión de estudios que inciden en viejos y nuevos campos y problemas; problemas como los de las relaciones entre migraciones y régimen demográfico, o entre emigración y el mercado de trabajo, de capital y de la tierra; el de las relaciones de las migraciones con el sistema productivo y la estructura de propiedad, el de las relaciones con la protoindustria rural o finalmente el de las relaciones de las migraciones con la estructura familiar y los sistemas de transmisión y herencia; cuestiones, a su vez, como la de las repercusiones de las migraciones en la nupcialidad, fecundidad y mortalidad y, por extensión, sobre el crecimiento demográfico, o como la de su dependencia de las dinámicas familiares y de las redes sociales que contribuyen a forjar en el transcurso de varias generaciones espacios y proyectos migratorios, pero también a explicar el “arraigo” a la comunidad de origen o la ruptura de los vínculos comunitarios, según se trate de migraciones de “conservación” o de “ruptura”. Asimismo desde la historia sociocultural la atención se ha dirigido también hacia el imaginario social, analizando la identidad y la integración, las representaciones y los estereotipos del migrante. Este listado de viejos y nuevos problemas puede sin duda ampliarse, pero basta con los enumerados para evidenciar la creciente complejidad de los estudios sobre las migraciones internas, como también la importancia concedida a los flujos migratorios en las sociedades rurales de Antiguo Régimen, sobre las que pesaba la afirmación de un sedentarismo mayoritario. Esta tesis, vinculada a la del arraigo secular de los campesinos a la tierra, al menos para el caso de la Francia de los siglos modernos, es sustentada por J.P. Poussou y J. Dupâquier en sus respectivos trabajos, sobre la base en primer lugar de establecer una distinción entre movilidad y migraciones, entendiendo por micromovilidad esa “polvoreda” de desplazamientos de corta distancia que no suponen el desarraigo y un cambio de estilo de vida, sino que están vinculadas al ciclo de vida y al espacio de vida o habitual, y sobre la base en segundo

---

<sup>4</sup> Véase nota 1.

lugar de aceptar la compatibilidad del “sedentarismo” rural de la gran mayoría de la población francesa con la movilidad de una minoría (J.-P. Poussou), o del modelo sedentario predominante con una intensa “movilidad habitual” (J. Dupâquier) y, por tanto, del “sedentarismo” mayoritario con amplias migraciones estacionales y temporales en algunas regiones francesas, en las que la emigración constituye un verdadero modo de vida, que, en todo caso, sólo movilizaría al año de 100.000 a 300.000 habitantes<sup>5</sup>. Con un contingente relativamente tan “modesto” de emigrantes, cuyas ausencias en su mayor parte se deben a la necesidad de procurar medios de subsistencia complementarios en el exterior para “mejorar su suerte en el lugar de origen”, sobre territorio francés sería dominante, en consecuencia, la micromovilidad local por razón de matrimonio, del aprendizaje de un oficio, de la búsqueda de un empleo, de la contratación como criados, del cambio de explotaciones (metayers) o finalmente por cambio de residencia de los “mayores” a la búsqueda de atenciones y cuidados de vejez<sup>6</sup>.

Esta primacía del modelo sedentario de las poblaciones de la época moderna, no obstante, viene siendo discutida desde hace ya algunos años y, por extensión, también el modelo de la micromovilidad; en el caso de Suecia, S. Akerman habla de una panmovilidad, y, a su vez, en el de la sociedad inglesa D. Souden afirma que es una sociedad basada en el fenómeno de la movilidad<sup>7</sup>; pero asimismo para Francia se han levantado en fechas más recientes voces discrepantes<sup>8</sup>, que de paso critican también

<sup>5</sup> J. Dupâquier sostiene a este respecto que “estas emigraciones estacionales y temporales, lejos de poder ser invocadas como argumentos en contra del modelo sedentario, contribuyen a reafirmarlo, permitiendo a un buen número de campesinos (en particular a los montañeses) obtener recursos complementarios para que la familia pueda subsistir”. DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., p. 102.

<sup>6</sup> POUSSOU, J.-P., “Les migrations...”, op. cit., p. 33; DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., pp. 102-103.

<sup>7</sup> AKERMAN, S.-JOHANSEN, H.C.-OSTERGREN, R., “Long distance migration in Scandinavia, 1500-1900”, en *Actas del XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas*. Madrid, 1996; SOUDEN, D., “Internal and Médium Distance Migration in Early Modern Great Britain, 1500-1750”, en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), *Les migrations...*, op. cit., p. 101. DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., pp. 102-103.

<sup>8</sup> PAGE MOSC, L., “Dividing Time: An Analytical Framework for Migration History Periodization”, en LUCASSEN, J.-LUCASSEN, L. (eds.), *Migration, Migration History, History. Old Paradigms and New Perspectives*. Berne, 1997, p. 42. ROSENTAL, P.-A., *Les sentiers invisibles, Espaces, familles et migrations dans la France du XIX<sup>e</sup> siècle*. Paris, 1999; CROIX, A., “L’ouverture des villages sur l’extérieur fut un fait éclatant dans l’ancienne France”, en *Histoire et Société Rurale*, 11 (1999), p. 109 y ss.; BOUR DIEU, J.-POSTEL-VINAY, G.; ROSENTAL, P.-A.; SUWA-EISENMANN, A., “Migrations et transmissions Intergénérationnelles dans la France du XIX<sup>e</sup> siècle et du début du XX<sup>e</sup> siècle”, en *Annales HSC*, 55 (2000), pp. 750 y ss. Por su parte, J. Dupâquier, después de justificar la contraposición entre el “sedentarismo” de la Francia moderna y la “pan-movilidad” de la península escandinava por razón de “las diferencias de las realidades observadas”, entre las cuales subraya la del “elevado número de pequeños propietarios campesinos (...) visceralmente apegados a su terruño natal”, explica las discrepancias en torno al modelo sedentario francés en razón de “la confusión de los términos movilidad y migración que encubren realidades muy diferentes”, como también “por la estrechez de los campos de observación” seleccionados por algunos de los autores discrepantes, opinión que es asimismo compartida por J.-P. Poussou. DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., pp. 102-103; POUSSOU, J.-P., “Les migrations...”, op. cit., pp. 21, 25, 27 y 31.

el modelo del exódo rural, cuando es concebido como la explosión de las migraciones masivas del campo a la ciudad a partir de una inmovilidad anterior ancestral y mayoritaria. A. Croix, y P.A. Rosental, por citar a los que alude J.P. Poussou en su ponencia<sup>9</sup>, componen entre otros ese coro de voces discrepantes, también de algún modo críticas con el supuestamente excesivo protagonismo de los factores externos, principalmente de naturaleza económica y demográfica, en la interpretación de las migraciones internas, en este caso desde un planteamiento que se interesa sobre todo por las solidaridades familiares y las redes sociales en la dinámica de los flujos migratorios. Estas críticas se dirigen, por una parte, hacia el modelo de A.V. Chayanov, que convertía las migraciones en uno de los mecanismos tendentes a establecer un equilibrio entre productores y consumidores en periodos de fuerte aumento del consumo mediante la salida de los excedentes, favorecida por la propia estacionalidad de las faenas agrícolas y por los ingresos comparados superiores a los obtenidos de la actividad agrícola. Pero tampoco la teoría del *push and pull* queda al margen de estas críticas, que resaltan las dificultades de su aplicación a las sociedades de época moderna; sustentada en el principio de que la pobreza expulsa y la riqueza atrae, para explicar las causas de las migraciones acude a factores de expulsión, tales como la insuficiencia de recursos y el sobrepoblamiento en los lugares de partida, y de atracción como mayores expectativas de trabajo y salarios más elevados en los lugares de destino. De esta suerte, las migraciones son imputadas a desequilibrios macroeconómicos y demográficos, girando su explicación en torno a la tesis de una autorregulación global entre población y recursos. Pero además a una y a otra interpretación se les achaca que consideran la decisión de emigrar como un asunto ante todo individual o eventualmente familiar, ignorando las dinámicas familiares y las redes sociales y su influencia en la decisión individual de emigrar y en la asunción de una cultura de la emigración que condiciona la duración, oficios, destino de los migrantes, pero que también contribuye a explicar la especialización regional de oficios, sobre la que llaman la atención J.P. Poussou, A.L. Head-König o G. Pizzorusso en sus respectivas ponencias, como asimismo el funcionamiento de cadenas emigratorias locales o la transmisión de los comportamientos migratorios como una herencia inmaterial, o finalmente el hecho que algunos sectores profesionales construyan su reproducción social sobre la propia movilidad, como es el caso, por citar algunos ejemplos, de los “colporteurs” o los ven-

<sup>9</sup> A. Croix, después de plantear sus dudas sobre “la vulgate de l’enracinement” o “del mundo rural cerrado”, llama la atención sobre la importancia “de l’ouverture très large sur l’extérieur”, proponiendo a continuación la sustitución de un modelo de interpretación unilateral por otro de interpretación dialéctica que contemple *a la vez* los campesinos como profundamente arraigados, pero también ampliamente abiertos a la influencias del exterior. CROIX, A., “L’ouverture...”, op. cit., pp. 109-120. J.-P. Poussou muestra en primer lugar su discrepancia con el acento inicialmente crítico adoptado por A. Croix contra el modelo del arraigo y del “sedentarismo” rural, para aceptar seguidamente la solución de compromiso a la que se llega finalmente (arraigo dominante, pero proliferación de excepciones), aunque echa de menos una “más exacta jerarquización de esta apertura” por espacios geográficos, grupos de edad, etc...POUSSOU, J.-P., “Les migrations...”, op. cit., pp. 27-28.

dedores ambulantes de diferentes regiones francesas o de los “mezzadri” de la Italia central, que por exigencia de los dueños de las explotaciones deben cambiar de unas a otras a fin de ajustar la fuerza de trabajo a su extensión superficial.

En el transcurso de los últimos años la interpretación de las migraciones internas se ha enriquecido asimismo con nuevas propuestas, planteadas desde la sociología y la antropología social, que las analiza en términos de identidad, arraigo e integración; P.-A. Rosental, jugando precisamente con algunas de estas claves, contrapone las migraciones de “conservación” a las de “ruptura”, de forma que en primer caso el emigrante sigue localizando sus proyectos y expectativas en su lugar de origen, con el que sigue manteniendo estrechos vínculos a través de solidaridades familiares y comunitarias, de retornos periódicos, de la endogamia matrimonial, etc.; en el segundo caso, el emigrante traslada ya sus proyectos y esperanzas al lugar de destino, dando la espalda al de origen<sup>10</sup>.

Esta contraposición entre migraciones de “conservación” y de “ruptura” aparece, por otra parte, asociada en los trabajos de diferentes especialistas a un cambio de la escala analítica al sustituir el individuo aislado por las relaciones familiares y comunitarias, y la residencia por el territorio familiar, privilegiando en consecuencia las historias de vida y las genealogías familiares en su pretensión de reconstruir los espacios y trayectorias migratorias, y de descubrir su influencia sobre la decisión de emigrar de sus miembros y sobre la duración y destino de los desplazamientos, oficios de los migrantes, etc<sup>11</sup>.

La movilidad es insertada, en consecuencia, en la historia familiar, y en contrapartida el centro de interés se bascula hacia el estudio de los migrantes y no tanto de los flujos migratorios, que en todo caso deben ser abordados desde la complejidad de factores, sin duda con los económicos y demográficos a su frente, pero sin olvidar las dinámicas familiares y las redes sociales, pero también otros factores como el papel de las autoridades municipales urbanas o ya del Estado interviniendo a través de políticas confesionales, con la consiguiente persecución de los disidentes, de polí-

<sup>10</sup> ROSENTAL, P.-A., “Maintien/rupture: un nouveau couple pour l’analyse des migrations”, en *Annales E.S.C.*, 6 (1990), pp. 1403-1432; del mismo autor, *Les sentiers invisibles, Espaces, familles et migrations dans la France du XIX<sup>e</sup> siècle*. Paris, 1999.

<sup>11</sup> J.-P. Poussou, después de exponer sus dudas sobre la centralidad atribuida a la movilidad “cantonal” por P.A. Rosental, es especialmente crítico con la fórmula de aplicación de la escala microscópica al análisis de la movilidad, con la fórmula de aplicación de los métodos de la microhistoria, cuestionando la representatividad de la muestra de familias –97 para 12 departamentos–, que, a su entender, no permite obtener conclusiones significativas, cuando además la reconstrucción de las historias familiares está realizada “sobre una serie de suposiciones no probadas”. POUSSOU, J.-P., “Les migrations...”, op. cit., pp. 24-25 y 28-31. Por su parte, J. Dupâquier se desmarca ya de la noción de “territorio familiar” propuesta en sustitución de la de espacio de vida o espacio habitual, pero además considera errónea la conclusión de que “la tasa de sedentarismo de las localidades rurales es poco elevada”, que atribuye a la asimilación “abusiva” por parte P.-A. Rosental entre “sedentarismo y estricta coincidencia entre la localidad de nacimiento y la de residencia”. DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., p. 102 y 112.

ticas populacionistas, con ocasión de las migraciones de poblamiento, o por vía de la presión fiscal, de las levadas militares o de la movilización de tropas. G. Pizzorusso y A.L. Head-König llaman la atención precisamente sobre las migraciones confesionales en Italia y Suiza a raíz de la Reforma protestante, y de poblamiento tras la Guerra de los 30 Años, pero la historiadora suiza presta también una particular atención a los controles y obstáculos institucionales a la libertad de establecimiento dominantes en la mayoría de los cantones suizos hasta la Constitución Federal (1848)<sup>12</sup>; controles y restricciones institucionales que, a su entender, juegan un papel determinante en la geografía y la importancia de los flujos migratorios, pero que además convierten al país en un territorio por excelencia de emigración y de bajos niveles de inmigración, excepción hecha de las ciudades y algunas comarcas de baja y media montaña de la Suiza occidental, donde el desarrollo de las actividades protoindustriales permite absorber la mano de obra procedente de la Suiza alemana.

Además de las causas de las migraciones, los estudios especializados se interesan por la tipología de las migraciones, sus áreas de origen y destinos, por su evolución y cambios en el tiempo, aspectos en los que ciertamente se detienen con mayor o menor amplitud los trabajos de J.P. Poussou, A.L. Head-König, G. Pizzorusso, J. Dupâquier. Coinciden en señalar como muy difundida la micromovilidad vinculada al ciclo de vida y al espacio habitual, por lo tanto, por razón del aprendizaje de un oficio, del empleo en el servicio doméstico, de la búsqueda de un empleo o finalmente por razón de matrimonio, con el consiguiente predominio de las migraciones de “conservación”. Los contrastes regionales e incluso locales son ya más marcados para las migraciones estacionales y temporales; a este respecto, G. Pizzorusso tras poner en relación las migraciones con el sistema productivo y la estructura de la propiedad, distingue sobre territorio italiano tres áreas: las zonas alpinas, prealpinas y parte de los Apeninos, de predominio de los flujos estacionales y temporales; la Italia central, dominio de la movilidad de corta o media distancia de los aparceros o “mezzadri”, y finalmente la Italia del sur, donde las migraciones de campesinos asalariados o jornaleros adquieren un carácter estructural debido a la agricultura extensiva y a la propiedad latifundista. Suiza, por el contrario, presenta un comportamiento un tanto particular por razón del predominio de los destinos más allá de sus fronteras, debido al servicio militar como mercenarios en países extranjeros y a las migraciones de formación y profesionales, que vacían parcialmente determinados grupos de edad de la burguesía mercantil de numerosas ciudades, agravando el desequilibrio intersexual ya existente ante la inmigración femenina que, a diferencia de la masculina impedida por restricciones institucionales y administrativas, se mueve mayoritariamente dentro de

<sup>12</sup> HEAD-KÖNIG, A.-L., “Hommes et femmes dans la migration: la mobilité des suisses dans leur pays et en Europe (1600-1900)”, en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), *Les migrations...*, op. cit., pp. 227-228; ibídem, “Les migrations...”, op. cit., pp. 40-41.

las fronteras cantonales en dirección a las ciudades. Esta fuerte vinculación de la inmigración femenina al mercado de trabajo urbano ha sido señalada igualmente para diferentes pequeñas y grandes ciudades italianas (Roma, Nápoles, Bolonia, Mantua) o francesas (Rouán, Reims, etc.). En concreto, en esta última ciudad, según las conclusiones de A. Fauve-Chamoux, las foráneas fallecidas entre 1679-1688 en su hospital suponían el 21,8% del total de las defunciones femeninas; casi cien años más tarde, entre los matrimonios celebrados de 1760 a 1789, la proporción de esposas forasteras sumaban ya el 50,4%, confirmando de este modo el incremento de la movilidad femenina en el transcurso del XVIII, con la consiguiente ampliación de la tradicional área de reclutamiento, pero también de sus efectivos por razón de la creciente proletarización y por la crisis de la protoindustria textil rural entre el Vesle y le Meuse y las dificultades por las que atraviesa la manufactura de Sedan<sup>13</sup>. Asimismo, en las ciudades suizas la inmigración femenina engrosa sus filas en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, concentrándose sobre todo en el servicio doméstico hasta que a partir de los años 1860 entra en competencia la manufactura textil y relojera, en un momento en que, por lo demás, se produce una “inmigración de sustitución” en el servicio doméstico, abandonado por las hijas de los vecinos urbanos sustituidas por solteras de procedencia rural del mismo cantón o de otros cantones suizos, pero también de origen alemán<sup>14</sup>. Sólo en aquellas regiones en las que se desarrollan actividades protoindustriales (zonas de montaña de Zurich, Basilea, etc.) la mano de obra femenina permanece más estable, absorbiendo asimismo fuerza de trabajo masculina excedentaria. En todo caso, la protoindustria, tradicionalmente considerada como un factor de fijación de la población y, por tanto, de inhibición de la emigración, no siempre eximía, sin embargo, de la necesidad de emigrar, al modo como ocurre en algunas regiones con actividades protoindustriales que, por otra parte, cuando entran en crisis, animan con frecuencia una movilidad hacia ciudades y cuencas industriales; es el caso, por ejemplo, de la ciudad francesa de Reims, que en los años finales del XVIII recibe contingentes de artesanos arruinados procedentes del territorio entre Vesle y Meuse, o de la ciudad belga de Verviers, que encuentra una importante reserva labo-

<sup>13</sup> FAUVE-CHAMOUX, A., “Femme...”, op. cit., pp. 88-91.

<sup>14</sup> HEAD-KÖNIG, A.-L., “The Foreign Labour Force in Urban Switzerland: Immigration and Marriage Patterns of Female Servants in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries”, en LEBOUTTE, R. (ed.), *Migrations et migrants dans une perspective historique. Permanences et innovations*. Brussels, 2000, pp. 79-85. Con todo, pese a este destino primordialmente urbano de la inmigración femenina, en aumento ciertamente a lo largo del siglo XIX, conforme avanza esta centuria, la presencia de las mujeres también se refuerza en las migraciones estacionales y temporales, como ocurre, por citar tan sólo algunos ejemplos, en Italia, donde en regiones del sur productoras de aceite la tradicional migración femenina para la recolección de la aceituna se ve potenciada, o en Francia, donde la incorporación femenina a los trabajos de recolección y de la vendimia, como también de la agricultura comercial, es un fenómeno en alza. LEBOUTTE, R., “Introduction. Les migrations dans la longue durée. Permanences et mutations”, en LEBOUTTE, R. (ed.), *Migrations...*, op. cit., p. 43; PIZZORUSSO, G., “Le migrazioni...”, op. cit., pp. 64 y 84; POUSSOU, J.-P., “Les migrations...”, op. cit., pp. 34-35.

ral en la crisis de la protoindustria del País de Herve y de las Ardenas<sup>15</sup>. En este punto debe advertirse en todo caso que las ciudades no funcionan sólo como centros de inmigración –sobre este aspecto es sobre el que ha insistido más la publicística más clásica–, sino también que la movilidad de su población es muy fuerte; en la ciudad francesa de Rouán, por ejemplo, el 21% de los matrimonios con un contrayente “nativo” y el 37% con uno foráneo abandonaban la ciudad. A su vez, París recibe emigrados de otras ciudades provinciales, al igual que Turín, cuyo crecimiento en el siglo XVIII se debió en gran parte a la inmigración en un primer momento desde pequeñas ciudades del entorno y con cierta posterioridad de mediano tamaño algo más distantes<sup>16</sup>. Finalmente, las ciudades también eran punto de partida de migraciones de formación, profesionales y de “talentos” (funcionarios y oficiales, médicos, teólogos, artistas, etc.), que involucraban principalmente a sectores de la burguesía mercantil y de las profesiones liberales a la búsqueda de empleo en la administración, en la diplomacia, en la Iglesia, en el ejército, en las universidades o en las cortes principescas sobre todo de países de la Europa central y oriental<sup>17</sup>.

La duración, los destinos, las actividades profesionales y los efectos demográficos y económicos de los flujos migratorios merecen sin duda comentarios más extensos, pero el espacio asignado a este texto apremia, y por esta razón, ya a modo de conclusión, nos parece básico plantearnos la cuestión si en el siglo XIX se produce una ruptura o trastocamiento del modelo migratorio de Antiguo Régimen bajo los efectos de procesos tan dinámicos como la expansión urbana, la industrialización y las transformaciones capitalistas de la agricultura, ciertamente con cronologías distintas según los países. En principio, el fenómeno del éxodo rural masivo hacia las ciudades, que en Francia inicia el despoblamiento del mundo rural en la época del Segundo Imperio (1851-1870), puede predisponernos a dar una respuesta afirmativa; también la aparición de pobladas cuencas industriales en la Europa del siglo XIX. Sin embargo, deben hacerse algunas precisiones. Por una parte, al menos en Italia y en Francia, las transformaciones ocurridas en el XIX no conllevan la brusca reducción, ni mucho menos la desaparición, de las tradicionales migraciones de antiguo régimen, aunque se inicia una fase de transición y de adaptación a la nueva situación<sup>18</sup>. Por otra parte, el modelo del éxodo rural en Francia ha sido objeto de críticas, hasta el punto que P.-A. Rosental sustenta la tesis que esta movilidad no agota la realidad de los flujos migratorios, incluso más que sólo representa una parte mínima de los movimientos

<sup>15</sup> FAUVE-CHAMOUX, A., “Femme...”, op. cit., p. 91; ORIS, M., “Entre industrialisation...”, op. cit., p. 125; LEBOUTTE, R., “Introduction...”, op. cit., p. 31.

<sup>16</sup> POUSSOU, J.-P., “Mobilité et migrations”, en DUPÂQUIER, J. (dir.), *Histoire de la population française*, vol. 2. Paris. 1988. p. 117; PIZZORUSSO, G., “Le migrazioni...”, op. cit., p.

<sup>17</sup> HEAD-KÖNIG, A.-L., “Les migrations...”, op. cit., pp. 49-51; PIZZORUSSO, G., “Le migrazioni...”, op. cit., pp. 75.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 84. DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., p. 107.

migratorios franceses del XIX, dado que en la primera mitad de siglo los desplazamientos de la población rural se dirigían en su mayor parte hacia destinos rurales; en la segunda mitad de siglo, decrecen ya en proporción, pero todavía sus efectivos sobrepasaban a los que se dirigían hacia las ciudades provinciales<sup>19</sup>. En todo caso, la estadística demográfica reitera el impacto de este fenómeno en el siglo XIX en forma de progresivo despoblamiento del mundo rural; en 1806, la población urbana francesa sumaba 5,2 millones de habitantes, un siglo más tarde ya 16,8 millones, de los cuales se estima que las casi tres cuartas partes tenían una procedencia rural.

Este dinamismo migratorio del Ochocientos aparece impulsado por la expansión urbana y por la industrialización. El trabajo de M. Oris se plantea a este respecto el papel concreto de la inmigración en la aparición y consolidación de las cuencas industriales de la Walonia belga<sup>20</sup>; según sus conclusiones, en distintos años de la segunda mitad del siglo XIX la contribución de los efectivos foráneos oscila entre el 35-40% de la población de las distintas cuencas, y esta proporción en ningún modo es despreciable porque, por ejemplo, la de Charleroi multiplica su población hasta la I Guerra Mundial por 3,4, pero, en cambio, la foránea por 5,5. Su área de reclutamiento en la fase de formación se localiza a corta distancia; en concreto, del total de las siete cuencas en seis de ellas el 70% de los inmigrantes proceden de un radio inferior a los 10 Kms.; en la fase de formación predominan consiguientemente las migraciones “de proximidad”, siendo numéricamente muy secundarias las de larga distancia hasta los años 1840, en que se inicia la inmigración de holandeses a las cuencas de Lieja y Charleroi. En cambio, en la fase de madurez o de consolidación, con cronología diferente según las cuencas industriales, se produce ya una saturación migratoria, de modo que en una demografía transicional el saldo migratorio y natural tienden ya a equipararse, al tiempo que se amplía el área de reclutamiento de la mano de obra a países fronterizos; en concreto, en algunas cuencas valonas esta reducción de los aportes inmigratorios ocurre ya tempranamente, hacia los años centrales del XIX,

<sup>19</sup> P.-A. Rosental fundamenta su crítica del modelo de éxodo rural en que se apoya en una interpretación exógena al atribuir su explosión a una serie de factores externos, pero asimismo en que presupone, a su entender, un desarraigo “súbito” del campesinado a partir de “una inmovilidad ancestral que se trastoca con posterioridad en una emigración masiva hacia las ciudades bajo los efectos de las revoluciones económicas del siglo XIX”. En contrapartida, frente a la tesis de un “desarraigo” súbito y masivo, aboga por una “progresión lineal de los desplazamientos de larga distancia en el transcurso del siglo XIX”, de forma que los flujos migratorios hacia las ciudades sufren una redistribución espacial en el sentido de que desplazamientos antes con destino rural se dirigen crecientemente hacia las ciudades, y en particular hacia París. A.-P. ROSENTAL, *Les sentiers...*, op. cit., pp. 145 y ss. No obstante, J. Dupâquier, apoyándose en las conclusiones de D. Balnchet y D. Kessler, llama la atención ante todo sobre el progresivo desequilibrio a lo largo del Ochocientos de las corrientes migratorias campo-ciudad, que lo reafirma en su tesis de que, no siendo ciertamente una novedad, en la segunda mitad del siglo el éxodo rural se potencia e incrementa fuertemente sus efectivos. Esta opinión es también compartida por J.-P. Poussou. DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit., p. 117; POUSSOU, J.-P., “Les migrations...”, op. cit., pp. 35-36.

<sup>20</sup> ORIS, M., “Entre industrialisation et désindustrialisation. Les migrations dans la Wallonie contemporaine”, en EIRAS ROEL, A.-GONZALEZ LOPO, D. (coords.), *Movilidad ...*, op. cit., pp. 121-142.

pero sobre todo a partir de los años 1880. R. Leboutte ha puesto de relieve los mismos procesos en distintas cuencas industriales inglesas (South Wales, North East England, etc.) o en la alemana del Ruhr<sup>21</sup>. La industrialización impulsa de esta suerte una turbulencia migratoria caracterizada por el incremento conjunto de las tasas de inmigración y emigración: migraciones circulares entre distintas cuencas industriales, algunas de ellas incluso a gran distancia; migraciones pendulares de ida y vuelta a corta distancia gracias al desarrollo, a partir de 1840-50, del ferrocarril, y finalmente cambios más frecuentes de lugar de trabajo por los obreros (“turn over”), si bien a corta distancia de su domicilio.

Estos flujos migratorios que alimentan la fase inicial de la industrialización no arrastraron, sin embargo, a la decadencia a toda una serie de desplazamientos tradicionales de la época moderna. Al contrario, en Francia, en Italia, en Dinamarca, en la cuenca del Ruhr o en Inglaterra –aquí incluso alcanzan su apogeo en el último tercio– las migraciones estacionales se intensificaron en el transcurso del XIX, pero adaptándose a los nuevos tiempos, de forma que se asiste a una “internacionalización” de estas corrientes tradicionales, con un creciente peso de las migraciones estacionales y temporales transnacionales que, impulsadas por la crisis de la protoindustria rural, a la que no fue ajena en algunos casos la competencia de las nuevas industrias, por el marasmo de la crisis agraria de fines del XIX y por la pauperización y proletarianización creciente del campesinado, y facilitadas por el desarrollo del ferrocarril y de la navegación a vapor son atraídas por la demanda de trabajo de las industrias pesadas, de la explotación hullera, de la construcción del ferrocarril y de la vivienda urbana, pero también de la agricultura comercial e industrial (industria azucarera, viticultura, etc...)<sup>22</sup>. En todo caso este incremento de los desplazamientos estacionales no fue incompatible con un aumento también de las migraciones definitivas, en parte porque, al menos en Italia y en Francia, las migraciones temporales en un grado creciente tienden a prolongar las ausencias y a transformarse en definitivas<sup>23</sup>. En la Italia de finales del XIX la emigración hacia el extranjero se potencia, en una fase en que en los cantones suizos se produce un fenómeno muy diferente, al pasar de ser territorios de emigración a territorios de inmigración, con la consiguiente novedad de un saldo migratorio fuertemente positivo. En las cuencas industriales de Lieja y Charleroi, superada la fase de formación, la presencia de oleadas en primer lugar de flamencos y

<sup>21</sup> LEBOUTTE, R., “Le rôle des migrations dans la formation des bassins industriels en Europe, 1800-1914”, en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), *Les migrations...*, op. cit., pp. 446-454.

<sup>22</sup> DUPÂQUIER, J. “Mobilité...”, op. cit., p. 107; CORSINI, C., “Les migrations internes et à moyenne distance en Italie: 1500-1900”, en EIRAS ROEL, A.-REY CASTELAO, O. (eds.), *Les migrations...*, op. cit., p. 338; LEBOUTTE, R., “Introduction...”, op. cit., p. 39; BADE, K.J., *Europa en movimiento. Las migraciones desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días*. Barcelona, 2003, p. 82 y ss.: etc...

<sup>23</sup> DUPÂQUIER, J., “Mobilité...”, op. cit. P. 107; PIZZORUSSO, G., “Le migrazioni...”, op. cit., p. 79.

también de alemanes y luxemburgueses se acrecienta, a su vez, hasta la I Guerra Mundial, en que este modelo “fronterizo” dominante hasta estas fechas da paso a una inmigración más lejana, de polacos y, sobre todo, de italianos. A lo largo del siglo XX el fenómeno migratorio se ampliará espacial y poblacionalmente, pero por razón de su cronología y de sus transformaciones su presentación se abordará en las páginas que siguen.

## 2. Migraciones contemporáneas

La segunda parte del volumen, dedicada a las migraciones contemporáneas, contiene trabajos de Olivier Faron (Univ. de Lyon), Oliviero Casacchia y Salvatore Strotza (Univ. La Sapienza de Roma), Jean Pierre Poussou (Univ. de París-Sorbona), Jorge Carvalho Arroiteia (Univ. de Aveiro), Anne-Lise Head-König y Luigi Lorenzetti (Univ. de Ginebra) y Rafael Puyol (Univ. Complutense de Madrid). La ampliación del marco para aproximarse a los problemas del presente y la pretensión de enfocar una perspectiva actual sobre las migraciones contemporáneas en Europa constituyen sin duda la principal novedad y uno de los principales atractivos de este importante coloquio. Como se señala en la presentación del volumen, la solución de un problema requiere el previo análisis científico del mismo y en un problema de esta naturaleza el análisis científico tiene que ser necesariamente interdisciplinar. Junto al historiador y al geógrafo, es necesaria la participación del demógrafo y del sociólogo, del economista y en particular del especialista en economía de las migraciones. Una primera constatación, también señalada en la presentación del volumen, es que las migraciones actuales van de los países sin regulación demográfica, o todavía rezagados en su proceso de regulación demográfica, a los países de demografía autorregulada, que han completado el proceso de regulación demográfica iniciado desde el siglo XVIII en algunos países de la vieja Europa. Ciertamente la demografía no lo es todo; pero las diferencias de régimen demográfico van significativamente asociadas a diferencias de cultura y de desarrollo económico, forman parte de un proceso global de racionalización, y en ese proceso participa la autorregulación demográfica como condición *sine qua non*, por no decir precondition. Lo que supone que la historia misma –la historia demográfica y social en este caso– es un componente ineludible del proceso y encierra también una parte al menos de las claves para la solución del problema (regulación, transición, racionalización económica). Son esas las claves que en un futuro predecible podrán cerrar el ciclo histórico de la otra regulación en presencia, la regulación de los movimientos migratorios iniciada en los EE. UU. desde 1921/1926, en el resto de los países de América desde 1931, en los países más adelantados de Europa desde 1974 y en España desde 1985. “Los científicos sociales sueñan con una nueva forma de movimientos migratorios espontáneos y libres, una emigración individual

voluntaria y abierta, sin controles burocráticos como en la vieja etapa de las migraciones históricas. Pero por razones volumétricas esa modalidad de migración parece que sólo volverá a ser posible cuando el proceso de regulación demográfica se haya completado por igual en todos los pueblos del planeta”.

Entrando en el comentario de cada uno de los trabajos de esta sección, Olivier Faron se ocupa de Francia como país de inmigración, simbólico por su capacidad histórica para integrar oleadas de emigrantes de diversas procedencias (dos millones de inmigrantes extranjeros entre 1815 y 1914), y pionero en Europa porque la inmigración de otros europeos aparece ya reflejada en el primer censo estadístico de la población de Francia (censo de 1851). Uno de cada cinco franceses de hoy es hijo o nieto o biznieto de emigrantes desde cien años atrás. Acentuando lo que más interesa a la tesis arriba señalada, la temprana atracción de inmigrantes extranjeros a los servicios básicos de las grandes ciudades y a las zonas mineras e industriales de la Francia del XIX es fruto de un insuficiente éxodo rural interno y se explica como consecuencia de la peculiaridad francesa (o cuasifrancesa) de la regulación precoz de la fecundidad. No deja de ser significativo que la inmigración extranjera en Francia, en un primer momento de origen belga y alemán (efecto frontera), desde 1880 pase a ser dominada por italianos y polacos, países entonces de fecundidad disparada que con los argelinos alimentan el *boom* espectacular de la inmigración en Francia entre el fin de la Gran Guerra y la primera crisis del petróleo en 1973. Desde 1950 irrumpen los españoles, portugueses y magrebíes, y a partir de 1974, bajo emigración teóricamente controlada, se suman los chinos e indochinos. El saldo vegetativo negativo explica que Francia sea ya en 1931 el país con mayor tasa de inmigración de Europa (si se exceptúa tal vez Suiza): 3.000.000 de inmigrantes en 1931, tasa de 51,5 extranjeros por mil habs., frente a 49,2 por mil en los EE. UU. La crisis económica de 1929, que llega a Europa con un par de años de retraso, provoca el primer rechazo de mano de obra extranjera excedentaria, que baja por debajo de los 2.000.000 en vísperas de la WWII. Después de la guerra, y sobre todo en la década de 1960, la nueva inmigración masiva será sobre todo de portugueses, españoles, magrebíes, africanos y asiáticos. La primera crisis del petróleo provoca las leyes de 3 de julio de 1974 que suspenden “provisionalmente” la inmigración y dan paso a una nueva política de integración de los extranjeros, con nacionalizaciones reguladas, control de las llegadas y expulsiones del país de los inmigrantes clandestinos, que se traduce en el sentido descendente de las cifras de extranjeros (cifra de 3.600.000 extranjeros en 1995, frente a sólo 3.300.000 en 1999, 60 por mil de la población total). El descenso es debido al combinado R+C suma de regularización más control. “La fuerte ralentización de los flujos migratorios explica a la vez el envejecimiento y la feminización de la población inmigrada, una población masivamente urbana”. El autor concluye que esta inmigración guiada tampoco “aportará ninguna solución en el plano demográfico”, porque los inmigrantes

adoptan rápidamente (desde la segunda generación al menos) los patrones demográficos de los países de acogida. La conclusión final –prudente, correcta y un punto escéptica– es una idea que conviene retener. “En última instancia, los inmigrantes no aparecen ni como un mal ni como la solución perfecta. No parece oportuno ni la diabolización de los inmigrantes... ni un recurso masivo e insuficientemente racionalizado a la inmigración [como respuesta] para responder a las cuestiones ligadas al envejecimiento” (O. Faron).

Oliviero Casacchia y Salvatore Strozza se ocupan de las migraciones de los italianos a Europa en los siglos XIX y XX sobre la base del registro estadístico. Gracias a la precoz previsión estadística de Leone Carpi desde 1876 existe recuento oficial de las expatriaciones de los italianos, pero sólo desde 1921 de las repatriaciones, lo que hace difícil conocer el saldo migratorio neto. A su vez desde 1989 los movimientos en el seno de la UE son difíciles de conocer en el caso de Italia, al permitirse los desplazamientos de mano de obra por la sola carta de identidad, por la libre circulación de las personas dentro de la CEE. Por esta razón y por otras en 1988 se decidió interrumpir el recuento oficial de las expatriaciones y repatriaciones de los italianos. De 1876 a 1988 salieron 27 millones de italianos, de ellos 14 millones a Europa y 13 millones a otros Continentes. No es posible saber con certeza cuantos de ellos volvieron, pero las repatriaciones totales se estiman en unos 11-13 millones, quedando el saldo neto en una pérdida neta de unos 12-14 millones de italianos. La relación entre continentes indica que hasta 1915 predomina la emigración a las Américas; pero desde 1915 predomina Europa como destino. Mientras la emigración a América procede más bien del Mezzogiorno, la emigración a Europa procede sobre todo de la Italia del Norte. Esto se verá muy bien en el caso de Suiza, donde por todo el siglo XX/1 la emigración italiana procede de las regiones limítrofes de la península alpina. En la primera época (siglo XX/1), y sobre todo hasta 1915, Francia absorbe casi toda la emigración italianaintracontinental; desde 1950 ó 1960 (hasta 1974 en que se reduce a la mitad como consecuencia de las nuevas políticas migratorias restrictivas por parte de los países europeos de acogida) la emigración italiana con destino a la Europa industrial es la predominante. Alemania y Suiza aventajan a Francia en número y progresivamente se sitúa en cabeza la Alemania Federal. La apertura de la emigración a Alemania se produce por primera vez entre 1938 y 1942 en el marco de la política del “pacto de acero” ítalo-alemán; mientras la emigración a Suiza tiene antecedentes más remotas (las grandes construcciones ferroviarias desde finales del siglo XIX y la apertura de los grandes túneles alpinos) pero se intensifica a partir de 1946. En menor medida participan también de la mano de obra italiana otros países como el Benelux, Reino Unido y Austria. A pesar del cierre de la emigración en los principales países europeos desde 1974, al concluir el milenio más de millón y medio de italianos residían al norte de su frontera alpina; dos millones al menos si se suman los residentes

en EE.UU, Canadá, Australia, y en América Latina. Sintomáticamente, el cierre de la inmigración en los países más desarrollados de la Europa transalpina a partir de 1974 coincide con las llegadas masivas de inmigrantes de la Europa del Este y de países en vías de desarrollo: 1.100.000 naturalizados legales tras las sucesivas regularizaciones de 1988 (Ley Martelli) a 1998 (decreto Prodi); al menos 1.500.000 extranjeros –aunque la cifra real nadie la conoce– si se añade la inmigración clandestina de albaneses y otros y de menores que encuentra su inserción más fácil en la economía “*somera*” del sur. Los autores no hacen ninguna referencia o previsión sobre la otra fuente potencial de inmigración de retorno que puede significar la población italiana remanente en países como Argentina o Brasil. Un aspecto a retener en contrapartida es el de la movilidad interior de los italianos, registrada ya desde 1930 e impulsada por la política del fascismo de atracción de poblamiento hacia zonas desfavorecidas, aunque las regiones con mayor tasa de residentes foráneos siempre fueron regiones cruciales como la Liguria y el Lacio y las ciudades del “triángulo industrial”, las mismas que ejercerían la gran atracción sobre el Mezzogiorno de los años subsiguientes a la WWII. Una exposición detallada de las cifras de intercambios entre regiones italianas que los autores. ofrecen en las tablas excedería los propósitos y los límites de este comentario.

La densa y documentada investigación de Jean-Pierre Poussou en esta segunda parte del volumen se ocupa de la emigración española en Francia en los siglos XIX y XX, contrapartida a las tradicionales migraciones históricas de auverneses y lemosinos a España del siglo XIV al XVIII. Si se excluyen las anteriores migraciones políticas (los prisioneros de guerra españoles deportados a Francia por Bonaparte, las quizá 12.000 familias de afrancesados que acompañaron el regreso del rey José a Francia, los millares de liberales que tuvieron que pasar a Francia en 1814 ó en 1823 y los millares de refugiados carlistas en 1839-1846, todos los cuales vivieron en Francia en medio de grandes penalidades), el cambio de sentido de la nueva emigración económica se opera hacia 1850. Debida en este caso no tanto a la atracción de las zonas mineras e industriales –apenas hay españoles en el Nord y el Este industriales– como a la escasa fuerza del éxodo rural francés a las grandes ciudades, y siempre con el telón de fondo de las diferencias de fecundidad entre los dos países, hasta hacer de Francia el primer país europeo de destino para los españoles y de la colonia española en Francia una de las más significativas, aunque no comparable a la italiana (que la dobla en número) e inferior a la portuguesa y posiblemente a la magrebí y a la del resto de Africa. La nueva emigración política derivada de la guerra civil española fue también “muy importante, y sin embargo muy inferior en número a la emigración económica”. La emigración española a Francia del siglo XIX es una emigración de efecto-frontera, de braceros del campo y trabajadores no cualificados, procedente del Alto Aragón y del País Vasco y localizada en las ciudades del *Midi* francés y del S.O.

(Burdeos, con su inolvidable “quartier espagnol” junto a la Gare Saint-Jean, que existía ya en 1840 según Théophile Gautier). No debe olvidarse sin embargo que en el siglo XIX la emigración española tanto política como laboral a la Argelia francesa fue más importante que a la Francia metropolitana: en 1911 había 105.000 españoles en Francia versus 130.000 españoles en Argelia; a esto se suma que los españoles naturalizados en Argelia por el beneficio de las leyes de 1889 que favorecieron la naturalización de españoles son otros tantos, en realidad 260.000 por tanto (Juan B. Vilar).

Las necesidades de mano de obra creadas por la movilización de la Gran Guerra aceleraron la inmigración de españoles a Francia. En 1914-18 la presencia española se duplica (supone en cierto modo un cambio de dirección de la anterior emigración a Argelia), formada por trabajadores agrícolas levantinos principalmente que se radican sobre todo en el Midi, del Languedoc al Sud-Ouest. En 1921 había 250.000 españoles en Francia y en 1925 casi duplicaban esta cifra: de los 3.000.000 de inmigrantes extranjeros en Francia, uno de cada seis era español, otro belga, otro polaco, frente a dos italianos. En la industria había más italianos que españoles, en la agricultura más españoles que italianos. Al revés de la polaca y la belga, un rasgo de la inmigración española en Francia es estar formada por predominio de trabajadores agrícolas (más del 80 %), y sólo unos 100.000 trabajadores industriales. Estos últimos se localizaban en la zona industrial del Ródano (minas de Carmaux). Mineros asturianos fueron los primeros en llegar, antes que los polacos, a la nueva cuenca hullera meridional del Aveyron en los años 1920. Desde la crisis de 1929 ó 1931 hay un retroceso general de la inmigración en Francia; los españoles retroceden como todos y eran sólo 250.000 en 1936. Sólo en 1939 y en este contexto restrictivo, “à certains égards à contretemps”, llega el flujo de refugiados de la Guerra Civil: 440.000 refugiados españoles en Francia, tantos como los trabajadores españoles en su momento de plenitud en los felices veinte (1925), casi el doble de los que había en 1936. Pero como es sabido hubo pronto gran número de repatriaciones, otros reemigraron a Méjico o la Argentina; de tal modo que con los que quedaron en Francia el número de españoles volvió a los niveles de la emigración económica de 1925, o un poco menos, ya que en 1946 quedaban pocos más de 350.000 españoles en Francia.

En la década de 1960, el desarrollo económico de los “Treinte Glorieuses” llevó a Francia 650.000 españoles (entran en escena los andaluces, murcianos, castellano-manchegos, “a los que hay que añadir Orense”, éstos últimos suponemos que arrastrados con la auténtica ola humana que sale de las tierras limítrofes del Portugal miñoto y tramontano), aunque más de la mitad retornaron. Así en 1972 había en Francia casi 600.000 españoles: de ellos 260.000 varones, 200.000 mujeres y 130.000 niños (datos de los que cabe deducir que los españoles que permanecen adoptan rápidamente la tendencia reproductiva francesa de matrimonio con hijo único o con dos hijos). Por primera vez en 1972 los españoles en Francia sobrepasaban a los italianos;

pero eran a su vez superados por los portugueses recién llegados, que en 1962 eran sólo unos 50.000. Después de las leyes de 3 de julio de 1974, en 1975 había en Francia casi 500.000 españoles, frente a más de 750.000 portugueses. Aunque Francia aparece como el principal destino de la emigración española a Europa, desde 1960 la emigración de españoles fue también muy numerosa a Suiza y a Alemania, afectando sobre todo a Galicia (que hasta entonces emigraba sobre todo a América), a Levante y a Andalucía. Como en el resto de la Europa meridional esta última oleada emigratoria se explica por el doble efecto de una mortalidad declinante y del mantenimiento de una natalidad elevada (hasta 1975), saldo vegetativo que garantizaba amplios excedentes demográficos, sumado al retraso en el crecimiento industrial español. En este sentido demo-económico, la migración económica de los españoles a Francia resulta análoga a la de los italianos y portugueses. “En realidad, para haber sido extremadamente potente, la inmigración española de los años 1960 fue muy poco duradera. El descenso se inicia ya desde 1967, y con la recuperación económica española, ya no se recuperó”. Sólo perdura hasta los años 1980 una emigración estacional (de vendimia, recogida de la fresa perigordina, etc.) de 30.000 a 40.000 españoles, levantinos y andaluces, movimiento a su vez en retroceso desde los años 1980 que corresponden al desarrollo económico español. “Hoy en día, dado que su emigración ha sido durante mucho tiempo el tercer flujo de inmigrantes en Francia, la colonia española y los franceses de origen español siguen representando un conjunto muy importante”.

La ponencia de Jorge Arroitea se ocupa de la emigración de los portugueses a Europa en los siglos XIX y XX, con una breve referencia también a la emigración portuguesa a la vecina España, que existía ya a finales del XIX, y antes, principalmente del Algarve, a las pesquerías, minas (Río Tinto) y faenas agrícolas de Andalucía y Badajoz (Manuel Severim de Faria acredita que esta emigración existía ya en el siglo XVII, “pela facilidade da vizinhança” y por la insuficiencia de la economía portuguesa para alimentar a toda su población). En todo caso, la emigración de portugueses a Europa, que apenas tuvo importancia hasta la intervención portuguesa en la Gran Guerra, cobra de golpe una gran importancia en el último tercio del siglo XX sustituyendo a la tradicional emigración al Brasil y afectando a todas las regiones de Portugal, pero sobre todo al norte y centro densamente poblados. Más de medio millón de portugueses emigraron a América en los veinte años anteriores a la Gran Guerra; en cambio los emigrantes portugueses a Francia en los años veinte pudieron ser unos 50.000. Entre 1920 y 1952 la emigración a Brasil sigue dominando (supone el 90 por ciento al menos del total de la portuguesa), sin perjuicio del bache general tras la crisis de 1929. En cambio, después de 1952 la emigración a Brasil decrece y comienza la emigración a Europa que se acelera a partir de 1960. A partir de ese momento la mayoría de la emigración portuguesa se dirige a Francia, en mucha menor medida también a Alemania y a Suiza. En 1964 firma Portugal el tratado con Alemania para reclutar

trabajadores con destino a los empleos de menor cualificación profesional (construcción civil y obras públicas, industrias extractivas, agricultura y transportes), hasta que a finales de 1973 - anticipándose por tanto a las leyes francesas de julio de 1974 - Alemania suspendió a su vez la entrada de nuevos inmigrantes. A la emigración a Francia y Alemania de los años sesenta se superpone luego la más tardía y menos considerable emigración portuguesa a Suiza y a Luxemburgo.

La expatriación de portugueses en Europa entre 1955 y 1995 se estima en un millón de emigrantes legales. A esto hay que sumar el flujo importante de emigrantes clandestinos, sobre todo a Francia, que a finales de los años sesenta llegan a superar a los legales. El paso de clandestinos se redujo obviamente desde 1974, tras la suspensión de la entrada de nuevos trabajadores en Francia. Por las mismas fechas se generalizaban las medidas restrictivas en los restantes países industrializados del occidente europeo, restringiendo considerablemente el aflujo de todos los países exportadores de mano de obra. Legal o ilegal, predomina la mano de obra joven masculina y no cualificada (campesinos sin instrucción), principalmente en la emigración a Francia, ocupada sobre todo en la construcción y servicio doméstico. Progresivamente, y ya a finales de la década de los setenta, la emigración de hombres solos o de personas jóvenes se sustituye por emigración de familias, facilitada por las nuevas políticas europeas de regulación y reagrupación familiar (1974 y ss.) que incentivaron en alguna medida la emigración familiar y femenina. A partir del 1 de enero de 1986, en virtud de la entrada de Portugal en la CEE, los ciudadanos portugueses pasaron a beneficiarse de las medidas de libre circulación de mano de obra en los países de la actual Unión Europea. Debe notarse que a partir de 1974, al producirse el cierre de la emigración a otros países, España jugó un modesto papel de reducto para cierta mano de obra portuguesa no cualificada, principalmente de los distritos fronterizos de Bragança y de Vila Real: 50.000 portugueses legalizados residentes en España en 1950, 150.000 en 1970, 400.000 en 1990, aunque la mayor parte de ellos temporales no residentes. Según datos del Ministerio de Negocios Extranjeros (1999), la población portuguesa residente en Europa rondaba los 1.400.000 individuos, de ellos ca. 800.000 en Francia, 200.000 en Alemania, 150.000 en Suiza, 80.000 en el Reino Unido, 60.000 residentes en España, 50.000 en Luxemburgo y 40.000 en Bélgica. En los países industrializados la mano de obra portuguesa, aun tratándose generalmente de una mano de obra igualmente no especializada, compitió con ventaja (cuestión de precio o de laboriosidad) en el mercado laboral europeo con la española e italiana y de otros países mediterráneos. Fue también la más persistente, lo que se explica por el retraso relativo de la modernización económica en el Portugal conflictivo de la fase de la última guerra colonial.

La bien trabajada colaboración de Anne-Lisse Head-König y de Luigi Lorenzetti en esta segunda parte del volumen se ocupa de la inmigración en Suiza en el siglo

XX; y su interés para nosotros radica sobre todo en el análisis comparativo de los comportamientos demográficos de los inmigrantes extranjeros y de la población suiza *de souche*. Tradicionalmente tierra de emigración histórica, como es sabido, Suiza es también con Francia uno de los más antiguos países de inmigración de Europa. Desde finales del s. XIX el desarrollo industrial, del transporte, del turismo, de las obras públicas y de los servicios convierten a Suiza en un país importador de mano de obra, de tal modo que en 1914 Suiza tenía ya una de las tasas de residencia de extranjeros más elevadas de Europa: 600.000 extranjeros en una población de 4.000.000 hab. (tasa de extranjería del 15 por ciento), siempre italianos en su mayor parte. La presión de una opinión pública recelosa de la superpoblación extranjera llevó al pequeño país alpino a centralizar en el Consejo Federal de la Confederación (1917) y en la policía federal de extranjeros (1921) la política de admisión de inmigrantes, que hasta entonces se había dejado al libre criterio de cada cantón. En 1921 las autorizaciones de residencia pasan a ser concedidas por la policía federal y se establece el estatuto de estacionalidad (o residencia temporal), que en momentos de crisis le permite “exportar el paro” y reducir la incidencia de las clases pasivas. En 1931 la residencia de extranjeros es regulada por una ley federal, efecto retrasado de la crisis de 1929, que la subordina en función de la situación del mercado de trabajo. Bajo el impacto de la gran Depresión, Suiza “tierra de emigración plurisecular hasta la segunda mitad del siglo XX”, desde la crisis de 1929 modula sus flujos inmigratorios en función de sus necesidades de mano de obra y del desarrollo económico del país. Revisada en 1948, la ley de 1931 se convierte en el pilar central de la política suiza de inmigración que regula el contingente inmigratorio por las necesidades del mercado de trabajo y supone el cierre progresivo del mercado de trabajo suizo a los extranjeros desde 1931 hasta la WWII. Los años de la guerra llevaron al Consejo Federal a endurecer todavía más su política inmigratoria, pues aún así llegó a acoger a unos 400.000 refugiados. Esta temprana política de control de las autoridades suizas debe explicarse al menos en parte por la “especificidad del caso suizo”, país en donde la presencia de extranjeros es en términos relativos muy superior a la de los otros países europeos de inmigración: en 1910, 14,7 extranjeros por 100 hab., vs. Francia 2,7; en 1970, 17,2 extranjeros por 100 hab., vs. Francia 5,3. Ciertamente es que estos altos porcentajes de extranjería se deben a su vez al principio del *jus sanguinis*, concepto que regula la adquisición del derecho de ciudadanía en Suiza y que, contrariamente al *jus soli*, limita fuertemente el acceso de los extranjeros a la nacionalidad. En 1920 la mitad de la población “extranjera” había nacido en Suiza, eran los llamados extranjeros “de primera generación”. Desde 1946, con la recuperación industrial bajo el efecto de la reconstrucción europea y la demanda diferida de bienes, se reanuda la llegada de italianos, la mayoría con contratos temporales, elevándose de 5 a 10 años el plazo para obtener la autorización de residencia. De 1950 a 1964 los extranjeros admitidos en

Suiza pasan de 200.000 a 700.000, de ellos dos de cada tres italianos. Hasta 1914 había predominado en Suiza la inmigración alemana, pero ya desde 1890 la comunidad que más crece es la italiana, que impone su “hegemonía” después de la guerra, con la salvedad de que a partir de 1960 la inmigración italiana del sur comienza a predominar sobre la de la Italia del norte. Otra novedad importante desde 1960 será la aparición de la inmigración española o ibérica (120.000 españoles en 1970), la yugoslava y otras en menor cuantía. Desde 1946 hasta poco después de 1960 la curva de autorizaciones de trabajo en Suiza es pronunciada en sentido ascendente; luego se detiene para desplomarse desde 1974. De 1964 a 1974 la prevención hacia los inmigrantes y la presión de la opinión pública llevan al Consejo Federal a establecer de nuevo sucesivas limitaciones. Pero fue la crisis del petróleo de 1974 la responsable de la salida de 200.000 a 300.000 extranjeros en paro. Para regular la mano de obra sin recargar la estructura económica y demográfica del país se substituyen las políticas de reagrupación familiar por la rotación de los inmigrantes, por los permisos estacionales o temporales y por el recurso a los “frontaliers” (fronterizos) de las regiones italianas más próximas.

Esta rotación no es sin embargo la única razón de que la estructura de edad de los extranjeros residentes en Suiza difiera sensiblemente de la de los suizos y de que su pirámide de edades se caracterice por una fuerte presencia de individuos en edad activa; ya que esta misma estructura se encuentra en casi todos los contextos de inmigración de trabajo. En el caso de la población extranjera, el descenso de población inferior a 15 años es más acusado, lo que refleja una fecundidad todavía más baja y un envejecimiento todavía más acusado. “La estructura demográfica de la población suiza de 1930 es más joven que la de la población extranjera”. En los primeros estudios sobre la población extranjera antes de la Gran Guerra, la fecundidad de aquella era parecida y algo superior a la de los suizos (fecundidad italiana superior en un tercio). Pero a partir de 1920 las tendencias se invierten, los extranjeros acceden al matrimonio más tarde que los suizos, el celibato de las mujeres extranjeras es mayor que el de las suizas, la proporción de matrimonios de extranjeros residentes en Suiza desciende claramente. Esto tiene que dar forzosamente un envejecimiento superior de la población inmigrante, en parte enmascarado por la “política pivotante de rotación”, es decir por el retorno de los inmigrantes a edades todavía tempranas. Esto lleva a los autores. a concluir sobre la fragilidad de la ilusión de que la inmigración extranjera pueda ser el correctivo al envejecimiento de la población suiza, como todas las europeas. “La evolución demográfica de estos 30 últimos años ha modificado la visión sobre la inmigración, habiendo sido considerados los inmigrantes como un remedio al envejecimiento de la población suiza y a la anunciada crisis del sistema de la seguridad social. Los datos demográficos del pasado sugieren los límites de semejante concepto que corre peligro de no proporcionar más que respuestas a corto plazo”.

La conferencia del geógrafo Rafael Puyol sobre el paso de España de país de emigración a país de inmigración realiza un examen de la situación de la inmigración en España tal como aparecía en vísperas de producirse el cambio de milenio: “un millón largo de inmigrantes [registrados] tras la regularización que terminó el 31 de julio de 2000”; simple suma de los 800.000 inmigrantes legales que había en 1999, más las 234.289 peticiones de regularización que hubo en el 2000, sin contar la cifra imposible de conocer de los inmigrantes en situación de clandestinidad. Un 20 % de esa inmigración (legal) es marroquí, ellos sólo igualan e incluso superan un poco la inmigración de todos los países de América, lo que en un país que mantiene lazos directos con Iberoamérica no puede dejar de ser tema de reflexión. En contrapartida, hay que anotar que casi la mitad de esa inmigración (legal) era europea en el 2000, y eso incluye también a los turistas y jubilados residentes en las costas y en los archipiélagos, con problemáticas muy distintas. La especificidad del caso español (o ibérico más bien) se encuentra principalmente en el carácter tardío de esta inmigración; ya que tras una etapa de inmigración balbuciente en la década de 1980, la reactivación de la inmigración en los países del sur de Europa comienza sólo cuando las naciones europeas de tradicional acogida migratoria comenzaron a cerrarse y a reexpedir inmigrantes (ergo después de 1974), fórmula no incompatible con la acogida de refugiados y asilados y con la aceptación de algunos cupos de nuevos inmigrantes por mecanismos de reagrupación familiar. Esta inmigración, en cierto modo de rebote, no guarda relación con la envejecida estructura demográfica española (aunque compartamos con Italia el marchamo de ser “el país de más baja fecundidad del mundo”) sino con la situación económica y la demanda de mano de obra “de sustitución” para actividades que los españoles no desean realizar, lo que explica la contradictoria coexistencia de inmigración (un 3 por ciento todavía) y paro (un 14 por ciento de la población). Ese 3 por ciento de inmigrantes legales “no dice prácticamente nada”, por la muy desigual distribución de la inmigración en el territorio español (más o menos, el 5 por ciento en Baleares y Canarias, el 3 por ciento en Madrid y Valencia, el 2 por ciento en Andalucía, el 1 por ciento en Castilla-León y en Galicia, a fechas del año 2000), y además esa cifra se alcanzó en muy pocos años, en unos diez años tan sólo. Las seis Comunidades con mayor inmigración que reúnen el 80 por ciento de los legales (también de los ilegales?) son por orden de importancia Cataluña, Madrid, Andalucía, Valencia, Canarias y Baleares. Se concluye que la inmigración puede contribuir a corregir en alguna medida las disfunciones entre población activa e inactiva (entre jóvenes y jubilados); pero tampoco en España se cree que los inmigrantes vayan a ser una solución al problema de la natalidad y del envejecimiento, por múltiples razones que se adivinan (escasa estructura familiar permanente del inmigrante, celibato y retraso del matrimonio, adopción aún más radicalizada de las pautas de fecundidad de las sociedades europeas de acogida, etc... todo ello según parece lícito suponer). En

este trabajo se dan a conocer las líneas esenciales del programa GRECO (*Programa Global de Regulación y Coordinación de la Extranjería y la Inmigración en España*), puesto en marcha por la Delegación del Gobierno para la Extranjería y la Inmigración para abordar la regulación del fenómeno en el período 2000-2004. El programa parte de los principios de que la inmigración es un hecho positivo; de que la única inmigración admisible es la legal y regulada; de que los inmigrantes legales y regularizados deben ser integrados en igualdad de derechos constitucionales; de que la capacidad de acogida del país es limitada; y de que es obligado establecer un cálculo estricto de los puestos de trabajo que el país puede ofrecer a inmigrantes legales. El programa se estructura en cuatro líneas básicas, cada una de ellas con un cierto número de acciones y medidas concretas: 1) Diseño y coordinación de la inmigración. 2) Integración de los residentes extranjeros y de sus familias. 3) Regulación de los flujos migratorios. 4) Mantenimiento del sistema de protección para los refugiados.

El mérito indiscutible del GRECO es el de haber tomado la primera iniciativa en España de medidas concretas para regular la afluencia de extranjeros y la integración de los inmigrantes, próxima o remotamente inspiradas en las nuevas políticas europeas de regulación/integración/reagrupación familiar, ensayadas como aquí hemos visto en todos los países de la Europa desarrollada desde 1974. Ahora bien, un cálculo estricto de los puestos de trabajo que el país puede ofrecer no parece fácil de precisar (tal vez hay que operar por tanteos). El concepto de puesto de trabajo debe seguramente matizarse en determinados supuestos con el estatuto de temporalidad o estacionalidad (residencia temporal), según el modelo ya ensayado en otros países (Suiza y Bélgica por ejemplo, desde 1974), so pena de crear bolsas ingentes de marginados sociales cada vez que concluyen las labores estacionales de determinadas ocupaciones agrícolas que originan grandes demandas momentáneas y de poca duración en el sur y en el este del país. Tampoco parece fácil ponderar el peso del concepto de vecindad geográfica, que beneficia a los magrebíes, con el de vecindad cultural e histórica, que debe beneficiar a los países iberoamericanos de nuestra propia sangre. Sobre todo, en un país con dos millones de antiguos emigrantes residiendo en el exterior, y con muchos hijos de españoles que reclaman la nacionalidad, el concepto de inmigración de retorno debe primar cualitativa y cuantitativamente por encima de todo. Todo eso supone que por algún tiempo asunto tan importante —junto con el envejecimiento de la población, el tema demográficamente más importante de la España actual— deba estar en permanente revisión empírica. Por todo eso sería también de desear que antes del término de ese primer período, ya próximo a finalizar, la D.G.E.I. o su necesario *Observatorio Permanente de la Inmigración* divulgasen un amplio informe con sus resultados comparativos, las cifras actualizadas de inmigrantes y su distribución, los problemas encontrados para la ejecución del plan y las medidas correctoras que a la luz de esta primera experiencia se considera necesario introducir

para el segundo cuatrienio. De otro modo y sin ese esfuerzo de actualización permanente equivaldría a dar por resuelto un problema que no ha hecho más que empezar. Esa información debería enviarse además a los centros interesados en el seguimiento del asunto, como son diferentes Facultades Universitarias, personas con dedicación al estudio de la Demografía histórica y de la Geografía humana, y las propias cátedras dedicadas al estudio de las migraciones. De esta forma el seguimiento sistemático de la situación, junto con la experiencia acumulada de otros ejemplos europeos relativamente próximos, permitiría ir poniendo en su sitio las visiones ideológicas y voluntaristas a veces circulantes sobre un problema complejo y nada fácil, por razón de su mismo volumen y por el simple peso de las magnitudes demográficas en presencia.